

LA NATURALEZA DEL FASCISMO ESPAÑOL: UN DEBATE NO ZANJADO¹

GUSTAVO ARCE²

*“Si se nos hurtó durante tantos años la libertad
no es sensato que nos quieran
hurtar también la memoria.”*

Nicolás Sartorius.

¿Por qué un movimiento ultraderechista autoritario, marginal y violento, con un escaso arraigo entre la sociedad civil y un nulo apoyo por parte del gran capital durante los años inmediatamente posteriores al final de la Gran Guerra de 1914, llegó a convertirse en un verdadero fenómeno de masas? ¿Qué oscura razón hizo que suscitase fervientes pasiones a la vez que profundos miedos, esperanzas y desasosiegos? ¿Cómo es que sedujo a una gran parte de la población mientras enviaba a otra, no menos numerosa,

¹ El presente artículo fue presentado en público en una conferencia correspondiente a la sesión inicial de actividades de la III Promoción (2000-2002) de la Maestría de Historia de la Universidad Industrial de Santander, el día 29 de Febrero de 2000 en el Auditorio Jorge Zalamea de Bucaramanga con el título “La naturaleza del fascismo español”. Por ello quisiera mostrar mi agradecimiento público a las personas que lo hicieron posible. En primer lugar al Doctor César Augusto Ayala, Coordinador de dicha Maestría, quien me propuso formar parte de esa sesión mediante la elaboración de una conferencia, me animó y me orientó en todo momento; al Doctor Armando Martínez Garnica, Decano de la Facultad de Ciencias Humanas, quien se mostró dispuesto a acogerme en el seno de la universidad desde el mismo momento en el que yo me sentí atraído por la posibilidad de acudir a Colombia a continuar mis estudios. Él posibilitó en gran medida que los 12.000 km que nos distanciaban se deshicieran como un azucarillo. No puedo olvidarme del Doctor Armando Gómez Ortiz, Director de la Escuela de Historia, siempre dispuesto a aconsejarme en el a menudo desconcertante mundo de la enseñanza, responsable de que yo pudiese dictar clases en la UIS, experiencia que no dejaré nunca de agradecerle lo suficiente. Por último no puedo olvidarme del máximo responsable de la mayoría de las virtudes que se me pueden asociar, que no de mis numerosos defectos, de Julián Casanova, profesor de la Universidad de Zaragoza y uno de los personajes más brillantes del panorama universitario español, maestro donde los haya, quien me propuso la fascinante oportunidad de salir de mi ambiente y formarme en este país, que me sirvió de espejo desde el primer día que acudí a sus clases y quien, de forma indirecta, me trasladó toda su pasión por la historia. Sin él nada de esto hubiese pasado y yo le debo mucho más de lo que piensa.

² Historiador. Universidad de Zaragoza. Estudiante Maestría en Historia. UIS.

camino de los cementerios, de los campos de concentración o del eterno exilio? La respuesta a estas sugerentes preguntas y otras muchas que aquí no formulamos ha constituido uno de los debates más complejos, polémicos y enriquecedores de la historiografía contemporánea a nivel internacional.

Responder a estas preguntas no es una tarea fácil. Quizá habría que empezar aclarando que el título del artículo puede ser un poco engañoso. Sería una tremenda osadía por mi parte el tratar de analizar en apenas unas páginas lo que fueron y representaron cuarenta largos años de dictadura. Multitud de libros, coloquios y congresos han tratado, y continúan haciéndolo, de desentrañar esta época, con resultados muy desiguales. Lo que pretendemos en las páginas que siguen es el poner en conocimiento de los lectores las que, a nuestro juicio, han sido las dos grandes corrientes que, desde el mundo de la historia, han tratado de explicar el complejo período del franquismo. Además de ello, entendemos que una de ellas es capaz de enriquecer nuestra visión, no sólo de la España del siglo XX, sino del fascinante mundo de la Europa del período de entreguerras.

Este debate sobre la naturaleza del franquismo no es sólo una lucha entre escuelas historiográficas, sino que implica formas diferentes de analizar, debatir e interpretar nuestro pasado. La polémica que ha suscitado no es exclusivamente intelectual porque, como vamos a tratar de demostrar, tiene profundas implicaciones sociales, políticas y culturales.

Difícilmente podamos encontrar en el continente europeo un tema tan tratado. Del fascismo y, por ende, del período de entreguerras se han escrito multitud de cosas. Desde apologías hasta testimonios militantes, desde memorias exculpatorias hasta relatos literarios, desde análisis históricos rigurosos hasta explicaciones psicológicas del fenómeno. A partir del mismo momento en que el fascismo apareció como un movimiento de importancia se convirtió en motivo de análisis por parte de sociólogos, politólogos y sectores a los que aquél consideraba sus enemigos. Esta amalgama ha enriquecido nuestra visión del período, pero también ha contribuido a confundir un tanto los términos, los objetivos de los investigadores y el propio lenguaje, de modo que hoy en día el término "fascismo" se vincula más a un adjetivo peyorativo que a una definición científica de un fenómeno datable y analizable por la historia y aquéllos que la cultivamos.

El debate sobre la naturaleza del fascismo toma un cariz peculiar cuando nos trasladamos a la historiografía de España. Las discusiones acerca del franquismo han sido enérgicas y desiguales, pero, sobre todo, han estado demasiadas veces teñidas de un tono extracientífico, consecuencia de las implicaciones políticas y "morales" que parecemos arrastrar en mi país a raíz de los acontecimientos surgidos en España tras la muerte, en 1975, del dictador Franco. Parecemos asumir esa especie de "síndrome de la transición", de olvido voluntario de los aspectos más oscuros de nuestra historia reciente. El hecho es que existen reticencias a descubrir ese pasado, molesto para muchos, pero intensamente doloroso para quienes lo sufrieron. No se trata de buscar culpables, aunque no hay que renunciar a ello, sino de analizar un fenómeno que sumió a España en un profundo pozo del que no saldría hasta casi medio siglo después.³

A diferencia de lo sucedido en Alemania o Italia, una de las peculiaridades del caso español es que este debate nunca ha rebasado los límites de lo estrictamente académico. En la Península Ibérica no ha habido una verdadera discusión intelectual abierta a toda la ciudadanía, con lo que se nos ha negado así a los ciudadanos la posibilidad de llegar a realizar un análisis crítico de nuestra historia que condujera a la reflexión teórica de cuestiones tales como la memoria histórica, la metodología, nuestra identidad como nación o la excepcionalidad de la salida española.

La tarea no es sencilla, en estos tiempos de consenso, de lo "políticamente correcto" y de las razones de Estado, se fomenta una memoria más valorativa que factual, más aleccionante que histórica, de forma que se silencia la cara más sangrienta del pasado, con lo que sólo se consigue falsear la historia. El olvido de los orígenes del régimen se mezcla con una valoración extraordinaria del final del mismo (muerte en la cama del dictador, sin tensiones exageradas ni derramamiento de sangre, un régimen, "cuya virtud habría consistido en propiciar a la larga su propio fin"), lo que unido a su extraordinaria duración, desarrollo económico a la altura de los años sesenta incluido, provoca que el debate sobre el tema adquiera constantemente implicaciones políticas que no ayudan en demasía a echar

³ Las dificultades para rastrear ese pasado las ha puesto de relieve Ángela Cenarro en "Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del << Nuevo Estado >>" en *Historia Social*, N° 30, 1998, pp. 5-22, especialmente en las páginas 5-9.

luz sobre un período tan complejo. Dicho con aplastante claridad, se consagra “como categoría historiográfica la obligada prudencia política impuesta por las condiciones en que se logró conquistar la democracia” en España.⁴

Las tendencias analíticas son diversas, podemos encontrar interpretaciones de todo tipo, pero, para despejar un tanto el camino de los obstáculos que lo plagan, vamos a analizar las dos grandes visiones historiográficas que se han ido desarrollando a partir de los años ochenta y que han tenido como protagonistas principales a los profesionales de la historia.

La primera corriente historiográfica bebe de la definición efectuada, hace ya bastantes años, por Juan Linz. Éste caracterizaba al régimen de Franco como *autoritario*, término que contraponía al de *totalitarismo* creado por Friedrich y Brzezinski. Las diferencias entre ambos tipos de regímenes son básicamente de intensidad. Así, a un estado totalitario le correspondería un partido único de masas con gran capacidad movilizadora, fuertemente jerarquizado, además de un fuerte control policial (casi militar) que provocara una dominación total del ciudadano. Por el contrario, los regímenes autoritarios, en el que Linz incluía la España nacida en 1936, dejaban un margen de maniobra más amplio para el individuo, que era respetado mientras no atentara directamente contra el régimen. Linz introdujo un polémico concepto, el de “pluralismo político limitado” y abrió así el debate en torno a la naturaleza del franquismo. El paradigma de comparación entre regímenes autoritarios y totalitarios que este sociólogo proponía era, pues, la forma externa del régimen, la intensidad con la que manifestaba sus características a la ciudadanía. Linz dejaba muy claro que este tipo de sistemas autoritarios diferían en aspectos fundamentales con los regímenes fascistas europeos.

⁴ Las consecuencias de esa memoria valorativa en la sociedad española (que no en la historiografía) pueden verse en la introducción de la obra de Paloma Aguilar Fernández, *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pp. 19-25. Las demás citas acerca de los obstáculos políticos y morales de parte de los historiadores que analizan el franquismo han sido extraídas del prólogo que Juan José Carreras Ares hace a la obra de Miguel Ángel Ruiz Carnicer *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Siglo XXI, Madrid, 1996, pág. XXI.

Un ejemplo paradigmático (que no deja de ser curioso) de las “presuntas” implicaciones políticas que tiene el análisis del franquismo lo constituye el hecho de la oposición entre el centro-periferia a la hora de decantarse por un método analítico (lo que conlleva intrínsecamente diferentes conclusiones). Mientras los representantes académicos del primero liberan al franquismo de la “pesada carga” peyorativa del adjetivo fascista los segundos apuestan por un interpretación contraria. Tampoco parece una casualidad carente de significado el hecho de que no exista un estudio rigurosos sobre la represión en el Madrid de la posguerra.

Pronto arreciaron las críticas de aquellos que veían en el análisis de Linz una definición benévola, casi “oficiosa” del régimen, que ocultaba el lado más tenebroso del franquismo y lo desligaba de sus orígenes. Las críticas llegaron desde varios frentes. En primer lugar, el término autoritarismo era demasiado impreciso, atribuible tanto a regímenes militares como a civiles de diferentes naturalezas. Además de ello su análisis, puramente formal, dejaba a un lado las clases sociales que apoyaban a cada tipo de régimen lo que, a la larga, le hacía incluir dentro de la misma categoría de sistemas autoritarios a regímenes tan diferentes, desde este punto de vista, como España, la República Democrática Alemana o Brasil.

El testigo de Linz ha sido recogido por muchos historiadores que, siguiendo la línea de análisis iniciada por este sociólogo, niegan el carácter fascista del régimen instaurado en España desde Julio de 1936. Renombrados hispanistas como Payne o prolíficos autores españoles como Javier Tusell han creado tipologías que limitan el estudio del fenómeno fascista a cuestiones tan poco relevantes, desde nuestro punto de vista, como el estilo organizativo o los postulados teóricos de estos grupos.

El problema de este tipo de análisis puramente formales es que, al depender casi exclusivamente de las concepciones de sus teóricos, se acaba ignorando el profundo carácter demagógico del lenguaje fascista y su radical cambio de actitud al llegar al poder: nada de anticapitalismo, nada de anticonservadurismo y, por supuesto, nada de aquella tan cacareada revolución social. Además, y esto es fundamental, acaban separando el fascismo de la sociedad en la que surge, con lo que no explican el por qué aparece como solución a la crisis de legitimidad de las democracias liberales en algunos países de Europa y no lo hace en otros. Es decir, ignoran la función social de este tipo de movimientos, elemento clave para distinguir el fascismo de cualquier otro tipo de dictadura.⁵

⁵ La descripción tipológica de los fascismos desde el punto de vista formal la podemos rastrear en la obra de Payne: *Historia del fascismo*, Planeta, Madrid, 1995. Especialmente relevante resulta su introducción “Fascismo: una definición funcional”, pp.11-33. Una crítica a este tipo de análisis puramente formales en Julián Casanova, introducción de *El pasado oculto. Violencia y fascismo en Aragón (1936-1939)*, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp.13-14. Además de poner sobre la mesa todo el debate de los últimos años en torno a este problema, Pérez Ledesma también expone sus críticas a las teorías de Linz o Payne (aunque con diferentes conclusiones a las de Casanova) en “Una dictadura <<por la gracia de Dios>>”, *Historia Social*, nº 20, otoño 1994, pp. 179-181.

De esta manera vemos que el elegir los criterios identificativos de los regímenes fascistas, es decir, escoger criterios de estilo y organización o de función social, se convierte así en un elemento capital para concluir si el régimen del general Franco fue fascista o no lo fue. Los defensores de la vía totalitaria son muy claros al respecto. Como hemos visto crean un "tipo ideal" de fascismo basado en ingredientes formales comunes relacionados con la ideología, los ritos externos, los mitos, la mística revolucionaria, los objetivos teóricos, etc..., al que introducen dentro de un modelo de totalitarismo. A partir de este arquetipo establecen una comparación entre los diferentes regímenes europeos de entreguerras y, conforme se van alejando de ese modelo ideal, pasan a engrosar parte de categorías tales como regímenes "pseudofascistas", "parafascistas" o "semifascistas".⁶

Esta confusión conceptual es fruto de este modelo rígido de fascismo. Concentrar el análisis histórico en cuestiones de estilo o de organización y, a partir de ellos, iniciar el estudio comparativo de los diferentes países para concluir si fueron o no "fascistas puros" produce a primera vista una sensación de rigurosidad científica. Sin embargo, este utillaje conceptual, a todas luces limitado, es el que les permite negar la naturaleza fascista del régimen del general Franco. Estos historiadores se limitan a explicar lo que la dictadura española "no fue" con respecto al modelo ideal nazi o italiano. Para defender sus modelos caen en contradicciones, tan frecuentes en mi país, como desvincular la dictadura de Franco de su origen más inmediato, esto es, de la guerra civil (1936-1939) y de la II República (1931-1936) y centrar su análisis en el periodo desarrollista de los años sesenta. Pero no se dan cuenta (o no quieren hacerlo) de que el "milagro económico" de esa década fue fruto, en buena medida, de las consecuencias de la dinámica de la guerra y la represión posterior. De éstas surgieron: una clase obrera humillada, derrotada y subordinada a las directrices de los sindicatos verticales, sometida económica y moralmente al rígido control estatal; unos sindicatos libres eliminados de la escena política; una izquierda sociológica aniquilada y, en definitiva, un camino despejado y legitimado mediante las armas para los terratenientes y la oligarquía industrial.

A todo ello habría que añadir un elemento capital, a menudo despreciado por la historiografía española, como es el del contexto internacional. Con la aparición de la Guerra Fría el "enemigo público número

⁶ Esta división entre regímenes pseudofascistas, parafascistas y semifascistas en Xavier Tusell, *La dictadura de Franco*, Alianza, Madrid, 1998, pág 57.

uno" pasó a ser el comunismo, y si algo podía vender el régimen franquista al exterior era precisamente eso: un profundo, casi enfermizo, anticomunismo. Ello provocó la ayuda económica estadounidense, lo que junto a la ya expuesta represión laboral provocó, entre otras razones, el despegue económico.

Aún más, para poder absolver al régimen de Franco del estigma fascista utilizan otra serie de métodos: elevan a la categoría de determinante el poder que estructuras tradicionales, como el Ejército o la Iglesia Católica,⁷ tuvieron en los 40 años de dictadura, sin pararse a pensar el por qué de este peso específico. Ello es, a nuestro entender, la consecuencia de la ausencia, en este tipo de teorías, de un análisis de doble entrada: el de las herencias estructurales de los Estados y el de la crisis del período de entreguerras (factores ambos imprescindibles para explicar el surgimiento del fascismo)⁸.

Al centrarse en cuestiones de estilo y organización limitan el estudio del fascismo español al del partido fascista propiamente dicho, esto es, a Falange Española. Purgada ésta años más tarde por el propio dictador no tiene ningún sentido seguir "empeñándose" en buscar similitudes entre los regímenes alemán, italiano y español.

Con esta reducción del marco de estudio lo único que logran es evitar multitud de problemas interpretativos, teóricos e incluso políticos. Casi invitan a pensar que fue el propio Franco el que evitó que España se convirtiera en un régimen fascista (porque fue quien eliminó a falange).

⁷ Sobre el papel de la Iglesia Católica en el régimen franquista también existen discrepancias entre las visiones historiográficas: así, Tusell defiende que aquella fue un freno para la "tentación" del totalitarismo y que cuando a mediados de los años 60 la jerarquía eclesiástica abandonó claramente al régimen lo hizo porque nació en ella una "autenticidad del sentimiento religioso", *op. cit.* pág. 186; un análisis opuesto en Julián Casanova, para él la Iglesia se convirtió en "la religión de la contrarrevolución", justificando la barbarie fascista bajo la idea de "Cruzada", presentando un "conflicto de clases y político" como una lucha "entre dos civilizaciones: la de la España católica y la Anti-España extranjera y marxista", además el abandono por parte de la Iglesia del régimen fue consecuencia de un espíritu de supervivencia, cuando "la nave fascista hacia aguas", *op. cit.* Pp.20-21. Visiones contrarias a la de Tusell son también las de Miguel A. Ruiz Carnicer para quien la Iglesia sirvió al régimen como adoctrinadora y justificadora ideológica y como salvadora ante el exterior en los duros años de aislamiento, *op. cit.* Pág 13, y la de Ángela Cenarro Lagunas en *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936- 1945*. Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997, especialmente en páginas 199-301.

⁸ Resulta cuanto menos desconcertante que en 361 páginas dedicadas al estudio del periodo franquista, el historiador Javier Tusell haga contadas referencias al periodo de la II República, al Golpe de Estado de 1936 y a la Guerra Civil (sin las cuales el fascismo español es incomprensible). Las escasas referencias al periodo se limitan a explicar el ascenso del fascismo por "la experiencia de una crisis en un régimen democrático" y "la inexistencia de alternativas funcionales al propio fascismo", *op. cit.* Pág.48.

La "escasa teorización sobre la naturaleza del Estado, sobre su relación con la economía o sobre la autonomía del ejecutivo político", la excesiva preocupación por analizar e interpretar todos los actos (incluso los privados) de los líderes políticos, la relativización o, en última instancia, reducción a meras causas superfluas de factores ajenos al entorno del líder o del partido fascista (coyunturas internacionales, estructuras heredadas, crisis económicas, etc.) son sólo algunas de las consecuencias de este tipo de enfoque.⁹

La confusión aumenta de manera alarmante cuando observamos que los defensores de la tesis totalitaria incluyen en la misma tipología al régimen de Stalin. De esta manera comprobamos que su utillaje teórico les ha llevado a "meter en el mismo saco" a regímenes cuyas bases de apoyo, naturaleza y objetivos difieren sobremanera.

Existe una segunda corriente interpretativa que coincide en presentar el fascismo como algo más complejo. Sus defensores son herederos de los análisis de "clase" de los años setenta y ochenta y comprenden la necesidad de "enfocar al fascismo como un camaleón muy capaz de adoptar la coloración del terreno sobre el que se mueve", dicho en palabras de Togliatti. Sostienen que el Golpe de estado de 1936 fue el intento de cerrar la extraordinaria crisis de legitimidad política y económica que se produjo en España a la altura de los años treinta. La naturaleza de esta crisis fue similar a la de Italia o Alemania y los métodos elegidos para "cerrar la herida" fueron también la violencia (a un nivel de intensidad hasta entonces desconocido), el corporativismo y la autoridad socio-política.¹⁰

Esta segunda vía de interpretación ha enriquecido de manera notable el debate y ha obligado a los historiadores españoles a entrar en territorios, tan desconocidos hasta hace pocos años como necesarios, de conceptualización terminológica, de comparaciones y de relaciones con otras ciencias como la sociología. El esfuerzo por mejorar la conceptualización

⁹ La cita corresponde a Ian Kershaw, "El Estado nazi: ¿Un Estado excepcional?", *Zona Abierta*, nº 53, 1989, pág. 120. Lo de la obsesión por explicar el franquismo a través del general y su vida privada excluyendo la coyuntura internacional y omitiendo las consecuencias directas del golpe de Estado de 1936 y de la Guerra Civil lo extraigo tras la lectura del capítulo "Franco como dictador" de la obra de Tusell antes mencionada, pp. 111 y ss.

¹⁰ La asertación de Togliatti citada en Miguel A. Ruiz Carnicer, *op. cit.*, pág. 15

teórica se ha unido a la proliferación en los últimos años de estudios empíricos locales que han arrojado luz sobre el período y han permitido superar los tipos de tesis que hemos visto en las páginas anteriores.

Básicamente esta línea coincide con aquellos historiadores que identifican la etapa franquista con el fascismo, no se van a explicar aquí los diferentes enfoques existentes dentro de esta corriente¹¹, sino que me voy a centrar en aquella que propone como punto central del análisis histórico y de la comparación la *función* o "*misión histórica*" del fascismo. Pero la elección de este enfoque no es arbitraria. El fascismo es definido como un fenómeno contrarrevolucionario que nace como "expresión violenta" de un movimiento general de reacción "que surge en casi todos los países en el período de entreguerras" y que nace con el objetivo en todos los países de "hacer frente al avance de la izquierda, a las conquistas parlamentarias obreras, a las reformas sociales, a la democratización de la sociedad, a la extensión del sufragio universal masculino y femenino y, (...) a la crisis del Estado liberal".

Es decir, el fascismo surgiría como respuesta a la amenaza obrera, pero no a la revolucionaria (que era más imaginaria que real), sino a la legal, esto es, a la posibilidad de que el movimiento obrero lograra avances mediante las urnas en el momento histórico en el que emerge el proceso democratizador "desde abajo".¹²

¹¹ En aras de la brevedad diré que existe una corriente que aboga por analizar el franquismo teniendo en cuenta sus primeros años, cuando se presentó libre de ataduras, de "disfraces e interferencias", cuando puso en marcha toda la maquinaria pesada necesaria para llevar a cabo sus objetivos y no hacerlo a partir de 1945 cuando, debido al desenlace de la II Guerra Mundial (y a que parte de los objetivos ya estaban conseguidos) tuvo que reconsiderar su actitud y adaptarse a las exigencias mínimas que le planteaban los vencedores, "que no eran, evidentemente, aquellos por los que se había apostado". Defensores de esta postura son historiadores como Josep Fontana, (del que se extraen las anteriores citas) "Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo" en Fontana J.(ed), *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, 1986. También defiende esta posición Paul Preston en *Las derechas españolas en el siglo XX: Autoritarismo, fascismo y golpismo*. Sistema, Madrid, 1986. Opinión frontal es la de Tusell, que dice que los primeros años son una especie de excepción en los que el régimen va adquiriendo forma, *op. cit.*, pág.20.

¹² La definición de fascismo es obra de Julián Casanova, pertenece a las actas de la mesa redonda sobre la naturaleza del franquismo publicadas en la obra compilada por Manuel Pérez Ledesma, *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo*. Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1997, pág 83. Sirvan las palabras de Enzo Collotti como perfecta expresión de la necesidad de buscar el instrumental teórico adecuado que le permita al historiador "precisar qué es el fascismo" no por su "propensión a la abstracción", sino como fruto de "la exigencia de fijar conceptualmente los límites del campo de investigación propio", extraídas de "Cinc formes de feixisme europeu. Austria, Alemanya, Itàlia, Espanya i Portugal" en *Afers*, N° 25 (1996), *Repensar el feixisme*, pág 512.

Metodología radicalmente diferente encontramos, de nuevo, en Tusell: "(...) las interpretaciones me parecen más discutibles, (...), lo que aprendí de De Felice, y lo que quise imitar de él, (...), es hacer la historia del franquismo (...) como se hace la historia del conde-duque de Olivares, es decir, yendo a los documentos, ver lo que pasó y cómo paso, qué vino antes, qué es lo que explica lo de después, etcétera." Extraído de la compilación de Pérez Ledesma, *op. cit.* Págs 94-95. Para la visión contraria a la de este positivismo es de obligada lectura el clásico de Edward Carr, *¿Qué es la historia?*, Ariel, Barcelona, 1993 (or.1961).

Si aceptamos como válida esta definición y el esfuerzo conceptualizador que conlleva vemos que su estudio exige, pues, un análisis del marco histórico en el que surge, es imposible desligar el fascismo de las causas que lo producen. Si estamos de acuerdo en que el fenómeno fascista nace como solución a esa crisis, tendremos que concluir que su función social se convierte en el pilar básico para su estudio y su análisis comparado. Al asumir este postulado como criterio fundamental de la comparación, pasan a ser objeto de análisis todos aquellos movimientos que, sin compartir similitudes en cuestiones tácticas, de estilo o de organización, nacieron como consecuencia de una crisis de naturaleza similar, asumieron un mismo objetivo y lograron los mismos beneficios.

A través de este marco teórico que guía el análisis empírico y de la historia comparada se tiene la posibilidad de analizar la "solución" española a esta crisis en 1936 y de buscar similitudes con la respuesta fascista italiana o alemana.

Este tipo de enfoque considera asimismo relevante el explicar por qué, ante una crisis de intensidad similar en toda Europa, unos países optaron por la vía fascista y otros mantuvieron intactas sus estructuras democráticas. Para ello cree necesario efectuar un doble análisis que conjugue la larga duración (las estructuras heredadas) y la crisis del período de entreguerras, incluyendo en ésta las consecuencias directas de la I Guerra Mundial y de la revolución bolchevique (que atemorizó a las clases poderosas y dividió al movimiento obrero).¹³ Allí donde el obrerismo se mostró más fuerte y más independiente, demandando una legislación que le favoreciera a través de la legalidad, logrando cotas de poder cada vez mayores, movilizándose en la calle y constituyendo así una clara alternativa al capitalismo, es donde se produjo una crisis de legitimidad en las clases dominantes. El reto que esta clase obrera suponía para las élites tradicionales encontró su solución en el

¹³ Pionero en descubrir y analizar las estructuras que heredó la II República y que condicionaron sobremanera su futuro ha sido Ronald Fraser en *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil Española*. Grijalbo, Barcelona, 1997 (or.1979), vol II, pp305-387. También Rafael Cruz presenta las claves de un Estado militarizado e incapaz de absorber las reivindicaciones sociales mediante otro medio que no fuese la coerción en "La lógica de la guerra. Ejército, Estado y Revolución en la España contemporánea" en *Studia-Histórica Contemporánea*, Volumen X-XI, (1992-1993), pp. 207-222, artículo que, por otra parte, traslada las teorías sobre la acción colectiva de Charles Tilly a la España contemporánea de forma brillante. Sobre la coerción estatal a través de las Fuerzas Armadas en España y sus consecuencias para entender la salida violenta de Julio del 36 resulta de lectura imprescindible el ya clásico estudio de Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Alianza, Madrid, 1985.

fascismo, que fue ganando adeptos entre capas amplias de la sociedad.¹⁴ No constituye, pues, una casualidad carente de significado que el fascismo apareciera como “solución” a esa crisis en los países en que la izquierda representaba una verdadera “amenaza” para el sistema, que coincidían con países que tenían partidos comunistas de masas (fruto de la escisión de partidos socialistas) y no lo hiciera en aquellos lugares en los que, aunque la crisis fuera de igual intensidad, el movimiento obrero se encontraba integrado en el sistema liberal y no constituía una verdadera amenaza. También defienden estas tesis, que la intensidad de la solución fascista fue directamente proporcional a la gravedad de la crisis que debía enterrar. No era lo mismo la Alemania ahogada por las consecuencias económicas de la Guerra Mundial y el “dictado” de Versalles que las convulsiones sociales que la España de los años 30.

La coalición que en España asumió la responsabilidad de acabar con la crisis de legitimidad que había abierto el período republicano no podía enterrar los problemas mediante un tradicional pronunciamiento.

La sociedad española no era la de 1923. Había conocido la democracia, la movilización de masas, había hecho fuertes, a través de sus votos, a los partidos de izquierdas y, a través de sus afiliados, a los sindicatos. Se necesitaba algo más que un clásico golpe, se necesitaba una versión nueva, extremadamente violenta, que cortara de raíz las bases de esa profunda crisis de legitimación y la amenaza, real o imaginaria, de la revolución obrera. Pero eso no era suficiente, había que asegurarse de que el problema iba a desaparecer para siempre. Para ello se puso en marcha una “maquinaria exterminadora” que se encargó de enviar a los cementerios o al exilio a todo aquel que hubiera participado, directa o indirectamente, o incluso se hubiese beneficiado, de la oportunidad histórica que proporcionó la II República. Se

¹⁴ La explicación del por qué el movimiento obrero se mostraba fuerte e independiente en algunos países (y constituía una alternativa clara al capitalismo) y en otros se encontraba integrado dentro del sistema la hallamos en la tesis de Gregory M. Luebbert, *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1997, que constituye un análisis estructural de largo alcance muy interesante para entender el período de entreguerras y las diferentes salidas que, ante la crisis, los distintos Estados “pudieron” tomar. Una valoración de esta obra en Julián Casanova, “Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras”, *Studia Histórica. Historia contemporánea*, vol. X-XI (1992-1993), pp.101-114.

trataba de aniquilar a los agentes transformadores y a todas las Instituciones y personas que los habían hecho posibles. La "solución" a la crisis de la España de los años treinta ya estaba inventada, era el fascismo, sólo había que adecuarla a las especificidades de la tradición histórica española. Así lo comprendieron ellos mismos, que desde el primer momento se denominaron fascistas. Así lo entendieron también sus enemigos, podían elegir entre huir o luchar, casi todos escogieron esta segunda vía.¹⁵

El fascismo ha necesitado históricamente de una coalición amplia que facilitara su triunfo. Esta alianza varió de un país a otro por razones estructurales que resultan evidentes. El peso histórico del militarismo en España y la "natural" propensión del ejército a efectuar golpes de Estado en nombre del orden y la paz social, proporcionaron la pieza clave que habría de canalizar el asalto a la legalidad republicana, era absurdo crear un partido de masas fascista que les condujese directos al poder. El ejército se encargaría de liderar esa coalición contrarrevolucionaria y más cuando, fracasado el golpe de Estado, se inició una guerra que retrasó el propósito de los fascistas en 3 años y de paso les proporcionó la excusa perfecta para eliminar a sus enemigos y cumplir a rajatabla sus objetivos, propuestos allá por 1936, hasta casi 40 años después.

Lo que hemos tratado de defender en estas páginas es que, ante las enormes dificultades para combinar de forma coherente en el estudio del franquismo teoría e investigación empírica, muchos autores han tratado de analizar el fascismo español utilizando criterios descriptivos para identificarlo y enmarcarlo. Frente a ello pensamos que lo realmente necesario y provechoso es explicar, de forma comparada, la causa de la aparición de este fenómeno y la relación de su surgimiento con el tipo de sociedad en las que nació y se impuso a las estructuras democráticas.

Es evidente que ni Franco era Hitler ni éste era Mussolini, tampoco, como ya hemos apuntado, la España de los años treinta era igual que la Alemania del "dictado" de Versalles. Sin embargo, si seguimos empeñándonos en defender la peculiaridad histórica de cada país, al más

¹⁵ La tesis de que el fascismo necesita de una sociedad que haya conocido procesos de democratización y socialización, es decir, que sólo surge en países con capacidad de movilización de masas (en diferentes grados) se encuentra bien defendida por Enzo Collotti, *op. cit.* Por eso mismo la solución fascista ha de tener gran aceptación por parte de esa sociedad civil (a diferencia de un tradicional pronunciamiento o Golpe de Estado). El fascismo necesita tener una capacidad para adueñarse del proceso de movilización de masas, de ahí su compleja red de alianzas, su demagogia y sus métodos de socialización

puro estilo historicista, y su individualidad, acabamos por no explicar nada. La receta mágica no ha sido ni será inventada, pero existen la coherencia intelectual, el método y las teorías flexibles que, a menudo, ayudan a los historiadores a guiarse por los caminos más abruptos.

Efectuar el análisis con una teoría flexible nos permitiría averiguar las condiciones en las que el fascismo nació y se consolidó rápidamente en aquellos países en los que el Estado se vio desbordado y fue incapaz de absorber y atenuar las luchas de clase de una manera pacífica, que coinciden con los países en los que las clases dominantes cedieron el papel protagonista al Estado para que les devolviera todo el poder que estaban temiendo perder.

Todo intento de comparación de los regímenes fascistas español, alemán e italiano debe tener presente el hecho, nada desdeñable desde el punto de vista del análisis histórico, de que Franco no fue derrotado en una guerra internacional, con lo que ello supuso de descrédito para los casos de Italia y Alemania. De esta manera pudo el fascismo español adecuarse al contexto internacional, desprenderse de parafernalias y ropajes que se empezaron a considerar de pésimo gusto, y continuar su misión histórica durante cuarenta largos años. Esta adecuación estilística exterior no constituye en origen, a nuestro entender, una prueba definitiva y real de su naturaleza no fascista.

La salida violenta fue legitimada por los sectores más reaccionarios del Estado español cuando la opción de derechas legalista se tornó en insuficiente para asegurar el orden social y económico capitalista y la defensa de la propiedad privada frente al desbordante ascenso de los grupos de izquierda. Entonces se apeló a una salida violenta, extraordinaria, que copiase el modelo alemán e italiano y que consiguiese los mismos beneficios de una forma rápida y efectiva. El ejército español tuvo carta blanca por parte de las élites para cerrar la crisis de poder que se avecinaba con una fuerza y una virulencia inusitadas. Por ello el franquismo acabó a sangre y fuego con la retórica de la lucha de clases. Miles de hombres y mujeres pagaron con su vida, su libertad o su desarraigo la "osadía" de haber creído, defendido o simplemente haberse beneficiado de un régimen, la II República, que trajo a España vientos nuevos, aires y esperanzas de reformas profundas. Este proyecto fue barrido y deslegitimado por las armas, mientras se ponían las bases del miedo, el olvido y esa amnesia colectiva que continúan hasta nuestros días y que muchos tratamos de echar abajo.



En un camino de Santander. 1953